

# Transgénicos en el Reino Unido

por Francisco García-Olmedo

Publicado el 06/11/2003

*La revista "Philosophical Transactions: Biological Sciences" acaba de publicar un ambicioso estudio sobre transgénicos. El bioquímico Francisco García-Olmedo, de la Universidad Politécnica de Madrid, que el 6 de noviembre interviene en el ciclo Las plantas en su entorno del Instituto de España, analiza sus conclusiones.*

Europa no puede seguir deshojando la margarita transgénica. Estados Unidos ha puesto pleito en la Organización Mundial del Comercio y la posición europea debe clarificarse con urgencia, en un sentido o en otro, ya que con la prolongada moratoria de facto que ha aplicado al conflictivo tema no ha hecho más que meter la cabeza bajo el ala. En este contexto debe situarse la reciente publicación (16-10-03) de los resultados de las pruebas de campo a gran escala que se han realizado oficialmente en el Reino Unido. El estudio aparece en un número monográfico de la famosa revista "Philosophical Transactions: Biological Sciences", órgano oficial de The Royal Society, institución que ha auspiciado el trabajo.

Durante tres años se han comparado tres cultivares transgénicos resistentes a herbicida -colza y remolacha resistentes a glifosato y maíz resistente a glufosinato- frente a los correspondientes cultivares no transgénicos, tratados según la práctica habitual. Se han estudiado distintos regímenes de gestión de las malas hierbas sobre la cantidad de éstas en el campo y sobre los actores de la cadena trófica, tales como insectos de distintos tipos, herbívoros, detritívoros, polinizadores y enemigos naturales de las plagas. El costoso estudio (6 millones de libras esterlinas), realizado por unos 44 investigadores, ha requerido un total de casi tres centenares de ensayos de campo. Puede añadirse que la investigación ha sido rigurosa, los datos se han manejado con gran transparencia e independencia, y su publicación ha sido muy rápida, apenas un mes después de completado el trabajo.

Para analizar los resultados hay que partir del concepto de que, lo mismo que una vía de tren ha de mantenerse libre de malezas para que cumpla su fin, en un campo de cultivo debe limitarse la presencia de malas hierbas si se quiere obtener una cosecha. Tan es así, que muchas de las operaciones básicas para el cultivo, tales como la escarda, los pases de cultivador, la rotación o el tratamiento con herbicidas son esenciales para ese fin. El control de las malas hierbas consume una buena parte del capital circulante, la mano de obra y la energía que requiere un cultivo, y en su forma tradicional es un trabajo en extremo penoso. Hace treinta años, en el Reino Unido, la lucha contra las malas hierbas requería unas 310 horas de trabajo del agricultor por hectárea y año, mientras que gracias al uso de medios mecánicos (mayor erosión y consumo de energía) esta cifra se ha ido reduciendo hasta las 50 horas, y con las nuevas tecnologías puede reducirse hasta las 12 horas.

Los resultados de los experimentos se limitan a cuantificar algo conceptualmente ya asumido: la cantidad de seres vivos sobre un suelo cultivado depende en parte de la cantidad de malas hierbas que sobrevivan en él, según cuál sea el procedimiento seguido para el control de éstas. Así, la colza y la remolacha resistentes a herbicida soportan menos "cantidad de vida" (no necesariamente menos biodiversidad) que sus contrapartes no transgénicas, mientras que con el maíz resistente a herbicida ocurre lo contrario. En suma, se han comparando las acciones de los diversos herbicidas en sus distintas formas de aplicación, con independencia de que los cultivares sean transgénicos o no, por lo que los efectos observados no son imputables a la constitución genética de las plantas. Por otra parte, las aplicaciones transgénicas usadas en el estudio representan una fracción ínfima de las de su tipo, menos del 1% de los casi 60 millones de hectáreas de plantas transgénicas que se cultivan hoy en 15 países. Más del 90% de esta superficie corresponde a soja resistente a glifosato, que permite el cultivo con laboreo mínimo, y a maíz resistente al "taladro", que supone una reducción sustancial de los productos fitosanitarios vertidos al medio: dos aplicaciones más compatibles con la biodiversidad y la vida en el campo de cultivo que sus alternativas no transgénicas a las que viene a sustituir.

Una omisión del estudio, que no por deliberada debe considerarse menos errónea, ha sido la de los rendimientos obtenidos en los ensayos de los distintos cultivos. La huella ambiental de la producción de alimentos debe referirse a la tonelada de alimento producida, y no a la superficie sembrada. La mayor agresión de la práctica agrícola al medio ambiente es la invasión del suelo, que es mayor cuanto menos rendimiento obtengamos. De aquí que se abogue por una agricultura de conservación (que conserve el suelo laborable) lo más intensiva y racional posible, una opción a cuyo éxito pueden contribuir los cultivos transgénicos. Si ha de salvarse la Amazonia, es condición necesaria, aunque desgraciadamente no suficiente, que sus propietarios logren encontrar una fórmula de producción intensiva fuera de ella. El término biodiversidad se ha convertido en un arma arrojadiza, aunque pocos se han molestado en averiguar su significado.